

17-1-76

ORDOÑEZ,

Ó

LA BATALLA

DE LODOS.

Crónica del siglo octavo.

~~~~~

SEVILLA:

*Imprenta del Diario, plaza del Rey.*

P-32

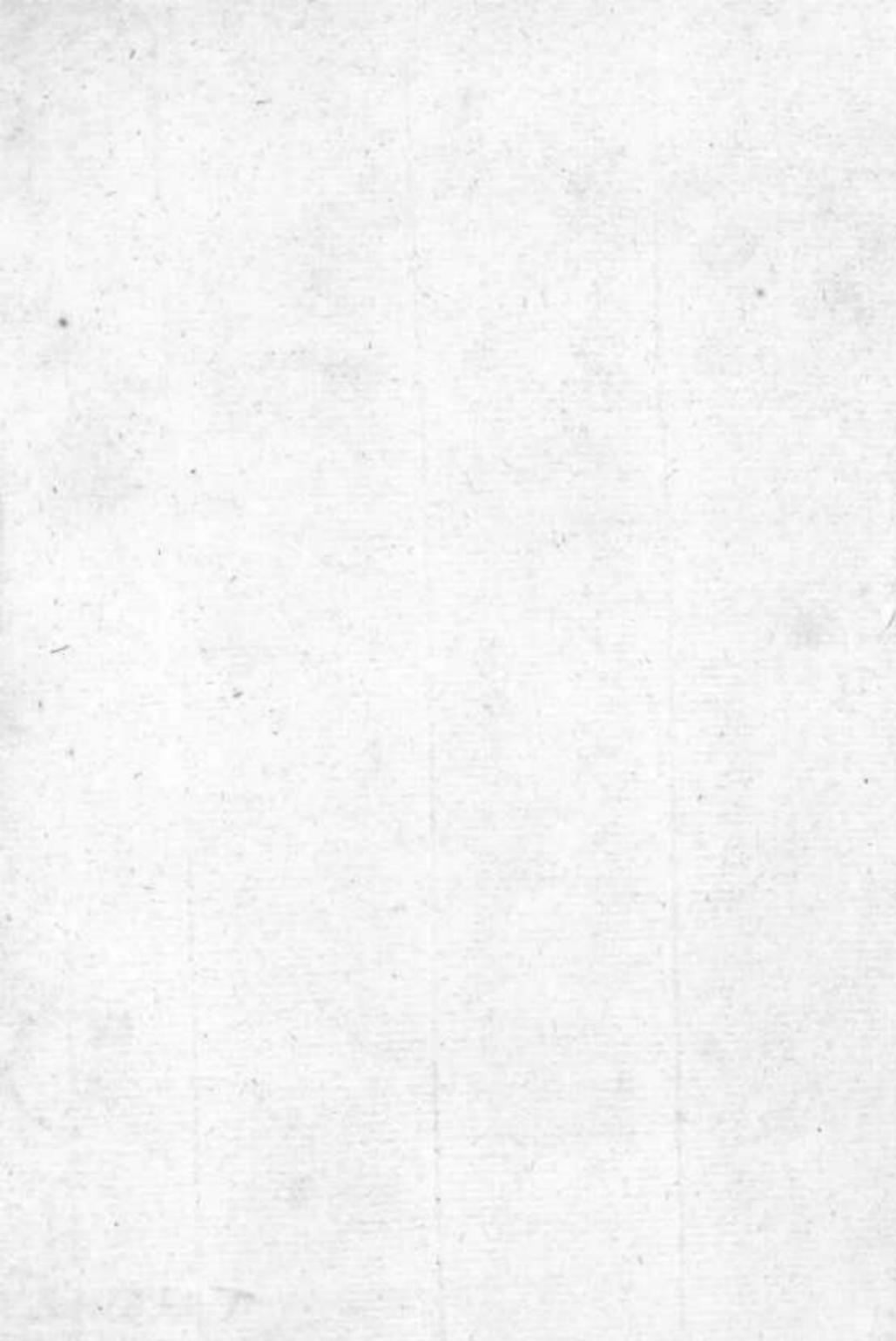
EGCC  
A

REVUE

Imprimerie de la Cour de Cassation, place de la  
Justice, 1897.

T.176452

C.



ORDOÑEZ,  
ó

LA BATALLA DE LODOS.

*Crónica*

DEL SIGLO OCTAVO.

D. P. H. B.



---

PARTE PRIMERA.

---

SEVILLA:

*Imprenta del diario de Comercio, plaza del Rey.*

JULIO DE 1832.

ORDENES

LA BATALLA DE LOS

ORDENES

DEL SIGLO OCTAVO

**Todos los ejemplares van rubricados por el autor.**



---

PARTICULAR

---

ENLACE

Imprenta del Estado de Comodoro Rivadavia, Plaza del Sur  
1900

---

---

## ORDOÑEZ.

---

### CAPÍTULO I.

Aun no asomaba la aurora por las rosadas puertas del oriente, ni las pintadasavecillas saludaban con sus alegres cantos la venida del próximo dia i la luna iluminaba con sus plateados rayos las antiguas murallas i los fuertes torreones de la ciudad de Oviedo, cuyos habitantes yacian entregados á las delicias del sueño; reinaba en toda la poblacion el mas profundo silencio, i solo le interrumpia en una de sus calles el dulce sonido de un laud, con que se acompañaba la voz todavía mas dulce de un jóven

para cantar los versos siguientes:

Escucha, bella enemiga,  
de quien te adora el acento,  
hazme feliz un momento  
moderando tu rigor.  
Ya tu obstinacion me obliga  
á que aborrezca mi suerte,  
apeteciendo la muerte  
si no he de gozar tu amor.

Invisible en tu retiro  
me haces penar todo el dia,  
hasta que la noche envia  
su agradable oscuridad.  
Vengo entónces i suspiro  
debajo de tu ventana,  
mas tú sigues, inhumana,  
ocultando tu beldad.

Cede por fin, dueño mio,  
muéstrate á mis ojos bella,  
como del norte la estrella  
se muestra al navegador.  
No me cause tu desvio  
cada noche nuevas penas;  
tórnalas á hacer serenas,  
ó sucumbo á mi dolor.

Al espirar los últimos ecos de los sonidos del laud, volvió á quedar todo en el mismo silencio que ántes; mas á corto rato, i cuando el cantor empezaba á preludiar en su instrumento, sin duda con objeto de cantar algun otro romance, se oyó abrir una de las ventanas de la casa inmediata.

Cesó con esto la música, i asomándose á la reja una persona, dijo en voz baja al que habia cantado :

—¿Qué locura es la tuya, Fadrique? ¿Quieres acaso que por tus imprudencias pierda yo mi reputacion, i ambos las esperanzas de poder unir algun dia nuestra suerte?

—Conozco cuan justas son tus observaciones, hermosa Leonor (contestó el jóven); pero una pasion como la que siente mi pecho ¿puede sujetarse á las máximas de la fria razon, ni á las reglas que prescribe la prudencia? Ni los obstáculos que se oponen á nuestros deseos, ni la enemistad de nuestras familias, ni el peligro á que nos espone nuestro mútuo amor si llegan á descubrirle, nada, nada puede entibiar el mio. Me creeria indigno de tu cariño, si por él no estuviese dispuesto á arrostrar todos los riesgos, pues todos me parecen nulos cuando pienso que no puedo ser feliz, ¿qué digo, feliz? que no puedo existir sin poseer tu corazon i tu mano.

— ¿Y no estas persuadido de que el uno es i ha sido siempre tuyo, i de que si la otra no pudiese serlo, tampoco será de ninguno? ¿Dudas de mi cariño? ¿De un cariño que ha nacido por decirlo así conmigo misma, que el tiempo ha fortalecido, i de que te he dado tantas y tan no interrumpidas pruebas?

— No, Leonor mia; no dudo ni puedo dudar de tu fe. La seguridad de que me amas, i la esperanza que siempre conservo de que algun dia nuestro afecto vencerá la bárbara preocupacion que á él se opone, es lo único que me hace apetecible la vida. Pero ¿puedo gozarla tranquila sin conseguir jamas verte, sin manifestarte las penas que afligen á mi angustiado corazon, i sin compartir las tuyas? No se me oculta lo que me prescribe la prudencia, pero luchando en mi interior la razon con el amor, hallo que este es incomparablemente mas fuerte, i aquella se vé precisada á callar en su presencia. Ah!

Léjos de la tuya , se marchita mi alma como la planta privada de la luz i calor del sol desfallece , se ahila , i muere por fin.

—Debes suponer (replicó Leonor) que, acostumbrada por tantos años á tu amable compañía , no padezco yo ménos en no disfrutar de ella ; pero no puedo hacer otra cosa que resignarme á lo que la suerte exige de mí. No es mi cariño inferior al tuyo , no ; pero á lo que veo , es en mí superior la razon , que me hace sufrir hoi el mal para gozar algun dia del bien. Conoces el carácter inflexible de mi padre ; no ignoras el odio (injusto á la verdad) que profesa á tu familia , i debes estar convencido de que si alguna vez nos descubriese , no solo consentiria ántes en mi infelicidad que decidirse á concederte mi mano , sino que sin titubear tomaria los partidos mas violentos , como condugesen á quitarme toda probabilidad de tener comunicacion alguna contigo.

—Todo lo sé , Leonor , todo lo veo ;

Pero mi corazón no puede sufrir por mas tiempo el bárbaro tormento de no verte ni hablarte nunca. ¿I qué impedimentos puede haber que el amor no sea capaz de derrocar? ¿Qué fuerza iguala á la suya en el universo? Los peligros no le arredran por formidables que sean, ¿i se opondrán á los deseos del nuestro inconvenientes tan pequeños como el riesgo de que nos oigan, i cederemos á ellos, sin haber intentado siquiera alejarlos? Desecha vanos temores, ídolo mio; tengo un amigo, que gustoso se prestará á mis ruegos i acompañándome velará para que nadie pueda descubrirnos de fuera de tu casa, i en cuanto al interior, tú misma mejor que nadie, conociendo las costumbres de tu padre, podrás cuidar de arreglarlo todo de manera que no seamos sorprendidos. ¿No te decidirás á arriesgar alguna cosa por proporcionar á quien tanto te ama el inefable placer de escuchar tal cual vez tu dulce voz, aquella voz que llegando hasta el fon-

do del corazon le anima i le hace disfrutar por momentos de la mayor felicidad? A . . .

— Haré lo que quieras , pues no tengo valor para oponerme á tu voluntad, por mas que conozca los riesgos á que nos esponemos , i á pesar de que repugnan á mi corazon semejantes artificios. Mas cuando las circunstancias me impidan verte , cuando nuestra comun seguridad pida que sacrifique mis deseos i los tuyos , confia en mi cariño , Fadrique ; persuádete de que en aquellos mismos momentos pienso únicamente en tí , i que mi corazon jamas se separará del tuyo. Pero el dia se acerca i es preciso que por ahora te retires ántes que alguna persona nos descubra , que nunca está bien en una doncella recatada hallarse á semejantes horas en conversacion con un jóven.

— Obedezco á tu voz i me retiro , pues tus insinuaciones son para mí mandatos irresistibles ; i obedezco con

ménos pena , porque llevo conmigo la grata esperanza de que no siempre estaré privado de verte. Adios , Leonor mia , adios.

Diciendo así se retiró aquel jóven , i se dirigió hácia su casa mientras Leonor cerró con cuidado la ventana que habia abierto. Caminaba Fadrique satisfecho de su conferencia con Leonor , dando gracias en su interior al cielo que se le habia mostrado tan propicio , i se lisongeaba con la placentera idea de que la conversacion , aunque furtiva , de su amada , aliviaria en adelante sus penas ; mas ¡cuan falaces son los juicios de los hombres ! No léjos de la casa de Leonor habia estado observando en silencio con la mayor cautela un hombre embozado en su ferreruelo ; habia oido toda la conversacion , i rabioso de su resultado , habia girado por otras calles , con objeto de salir al encuentro á Fadrique á cierta distancia de aquel sitio. Encontróle con efecto , i poniéndosele delante , el rostro cu-

bierto con el embozo del ferreruelo i la toca calada hasta llegar á las cejas, le dijo en voz áspera i que hacia ver la cólera que le ardia en el pecho.

— Solo un hombre tan vil como vos sois, osaria poner los ojos en una beldad inmaculada, en la gloria i honor de la ilustre casa de los Laras, teniendo vuestra sangre manchada con una negra traicion....

— Mentis, villano (contestó Fadrique sin dejarle proseguir). Ni la traicion ha manchado nunca el claro lustre de mi antigua familia, ni alguno de sus individuos pasados ó presentes ha sufrido las reconvenciones é insultos de nadie, i mucho ménos de quien no atreviéndose á presentar el rostro pronuncia palabras ofensivas sin descubrirse. Os desprecio i por eso no trato de quitaros el embozo para saber quien sois; mas retiraos inmediatamente, si no quereis sentir los efectos de mi indignacion.

— Me retiraré, si (replicó el desconocido); pero será despues de ha-

beros dejado en disposicion de que no podais hacerlo.

I sacando las espadas i dagas, se trabó entre los dos un reñido combate. Animaba al uno el rencor i la rabia que le causaba la conviccion de que su enemigo poseia el cariño de Leonor, i al otro el deseo de vengar la injuria que un desconocido le hacia, atreviéndose á hablar mal de su familia, i deseando á lo que parecia interponerse entre él i su amante, acaso con el objeto de suplantarle en el afecto de esta. No hallándose, pues, uno ni otro en disposicion de ceder, menudeaban las estocadas i los quites, combatiendo largo rato sin que ninguno de los dos consiguiese tocar á su contrario. Ambos se hallaban dotados de valor, sobre todo en aquel instante en que la cólera escitada en ellos, aunque por distintas causas, los reanimaba, i ambos tenian igual agilidad en el manejo de las armas; pero la fortuna, que no siempre acompaña á la justicia, se declaró en aquella

ocasión contra Fadrique, quien al fin recibió una herida en el brazo izquierdo. No hubiera sido, sin embargo, esta causa bastante poderosa para hacer cesar el combate; mas lo fué el que empezando á ser de dia temió el desconocido que si llegaban algunas personas cuyos pasos acababa de percibir, le hiciesen descubrir el rostro, i como trataba de evitarlo á cualquier costa, abandonó el puesto al ver al primero que se aproximó, i se retiró precipitadamente. Acercóse al herido la persona de quien huyó el agresor i en seguida algunas otras que casualmente llegaron, é informados en parte del motivo de la contienda acompañaron á Fadrique á su casa, en la que entró en tanto que aun dormía su padre.

No queriendo incomodarle, ni sorprenderle con noticia tan desagradable, hizo que el criado que le estaba aguardando i que merecia toda su confianza fuese á buscar á un cirujano. Vino este luego, i reconociendo

do la herida halló que la espada no habia tocado parte alguna interesante del brazo , por lo que despues de haberle lavado i curado le puso un bendage , i se despidió hasta el dia siguiente, asegurando á Fadrique que aquello no podia tener consecuencia alguna peligrosa. Pudo , pues , el jóven presentarse á su padre á la hora del desayuno , mas no de modo que este no percibiese su accidente , por que necesitaba llevar el brazo suspenso de una banda , i no habia podido vestirse en él la manga del jubon. Alarmóse sobremanera al verle de aquella suerte , i le preguntó con ansia verdaderamente paternal ¿ qué le habia sucedido?

— Nada , padre mio ( contestó el hijo ). Anoche , cuando me retiraba á casa , me asaltó en la calle un desconocido , i díjome algunas palabras injuriosas á mi persona i aun á toda mi familia; no quise sufrirlo , i habiendo sacado las espadas tuve la desgracia de que me hiriese; mas ya

ha reconocido mi herida el cirujano, i me ha asegurado que no hai peligro alguno.

— ¿I no tienes motivos para sospechar quién puede ser ese desconocido, ó por qué causa puede haberte atacado? le preguntó su padre.

— Lo ignoro absolutamente, respondió el jóven algo turbado.

— ¿I en nada te acusa tu conciencia, Fadrique? Míralo bien. La juventud es presuntuosa i se fia demasiado de sí misma; corriendo tras el deleite halla por lo regular el disgusto, i no pocas veces creyendo labrar su felicidad es el artífice de la propia desdicha. ¿No has dado tú paso alguno que pueda acarrearle enemigos de tu misma edad?

Esta pregunta, que solo era efecto de la tierna solicitud de un padre, hizo creer á Fadrique que tenia noticia de la continuacion de sus amores con Leonor, i aun temió hubiese llegado á sus oídos la aventura de la noche antecedente, si bien no podia conce-

bir quien se la hubiese podido participar tan presto. No queriendo, pues, que el anciano se persuadiese de que él le ocultaba ninguno de sus pensamientos, i confiando en la natural bondad que le caracterizaba, hincó la rodilla i le dijo así:—Padre mio, solo haciéndome la mayor violencia he podido afirmaros que ignoraba cual pudiese haber sido la causa del ataque que he sufrido; mas esta violencia es demasiado grande para que pueda mantenerla mucho tiempo. Nada os he ocultado hasta aqui de cuanto ha pasado en mi alma, i si en esta ocasion pretendia callarlo, no era porque me avergonzase de confesar mi pasion, sino por el temor de disgustaros dandoos á conoçer unas relaciones que aunque en otro tiempo hubieran merecido ciertamente vuestra aprobacion, hoi que las circunstancias son diversas escitarán acaso vuestro desagrado. No ignorais que siempre he querido á Leonor de Lara; la amé desde la infancia, su tierno

cariño correspondió al mio, i nuestros corazones se unieron insensiblemente. ¿Pude yo al verla en mis primeros años pensar en las enemistades que los partidos políticos habian de escitar en nuestras familias? ¿Ni he podido dejar de amarla despues que aquellas se manifestaron? No, señor. El amor que arde en nosotros es inextinguible, i aun parece que léjos de amortiguarse se aviva y aumenta mas con los obstáculos...

— ¡Infeliz! (esclamó su padre interrumpiéndole) ¿Ignoras el odio mortal que nos tiene esa familia? ¿Te ciega tu pasion hasta tal punto que te haga esperar que el orgulloso Lara, en el momento en que gozando del favor Real lo puede, por decirlo así, todo en el reino, quiera unir su hija con el heredero de un hombre á quien mira, aunque sin razon, como enemigo suyo, i lo que es peor, como enemigo humillado?

— ¿I por qué no podré yo merecer en su concepto la mano de su hija, sir-

viendo al mismo á quien él ha servido i sirve, i adquiriendo por mis hechos una gloria que pueda hacer olvidar la oscuridad á que la suerte adversa os ha reducido?

— No te alucines, Fadrique, figurándote recursos que estan mui distantes de tí. ¿Imaginas que teniendo Lara el poder en su mano, permitirá que se ponga á un Ordoñez en el caso de distinguirse? Mucho me aflige tu amor, no por el obgeto en que le has fijado, pues aunque hace años que no veo á Leonor, la conocí desde la cuna, i no he podido olvidar que la quise como si fuese mi hija; aflíjome, si, porque no veo probabilidad alguna de que consigas tu deseo. Por lo que á mí hace, vive seguro de que no solamente no me opondré á vuestra union, sino que si en algo puedo favorecerla lo haré, á menos que sea necesario humillarme á Lara, en lo cual no consentiré jamas.

— Ni yo pudiera desearlo, padre

mió. Vuestro honor i reputacion son para mí mas apreciables que la misma vida i á nada querria sacrificarlos.

El resto de la conversacion fué insignificante, i aun pronto mudó de obgeto, pasando á hablar de cosas indiferentes. Fadrique se retiró á su cuarto despues del desayuno, i permaneció sin salir de casa algunos dias.



CAPITULO II.

La jóven que habia salido á la ventana, i que ocupaba el corazon de Fadrique Ordoñez, era hija de Enrique de Lara, caballero mui principal de Asturias. Su nacimiento habia llamado á este desde jóven á la corte del Rei D. Aurelio, donde habia contraido la mas íntima amistad con Diego Ordoñez, que tambien asistia á ella, i que fué despues ministro i consejero prudente, i capitan valeroso. La amistad que unió á estos dos caballeros, no fué la de dos cortesanos reducida á meros cumplimientos, sino que desde luego se estableció entre ellos un trato íntimo, que no solo continuó entre sus familias, sino que aun se fortaleció cuando ambos casaron con señoras de las primeras familias del reino. Esta union de ambas casas hizo que Fadrique i Leonor se conociesen i tratasen desde su niñez, i una inclinacion recíproca que se manifestó desde mui temprano dió á

conocer despues que habían nacido uno para otro.

Murió D. Silo , Rei de Leon , el año 783, i por su muerte subió al trono D. Alonso II, llamado el Casto, hijo de D. Aurelio, i nieto de D. Alonso I, el Católico. (1) Habia tenido este un hijo bastardo , á quien pusieron por nombre Mauregato , hombre ambicioso , astuto i emprendedor, el cual aspiró á la corona de su sobrino. Coligóse para obtenerla con varios señores de la corte poco contentos con el gobierno de aquel, mas no creyéndose , á pesar de to-

---

(1) D. Alonso I tuvo tres hijos legítimos que fueron D. Fruela, D. Aurelio i D. Bermudo, i una hija llamada Doña Usenda. Murió en 757 i ocupó el trono su hijo mayor D. Fruela, I de este nombre, por cuyo fallecimiento, ocurrido en 768, pasó la corona á su hermano D. Aurelio. Sucedióle D. Silo, esposo de Doña Usenda, i á este en 783 D. Alonso II. Mauregato reinó cinco años, i despues de él D. Bermudo, hijo tambien de D. Alonso I, el cual llamó á su lado á su sobrino, le entregó casi totalmente el gobierno del reino, i por último abdicó en él la corona el año 791, cuatro ántes del de su muerte. Hai, sin embargo, mucha discordancia en los autores acerca de esta genealogia.

do , con fuerzas bastantes por sí mismo para atacarle en su capital , i apoderarse de su solio i corona , trató de valerse de otros medios para conseguirlo ; i como la ambicion hace parecer buenos todos los que conducen al fin , no titubeó en entrar á negociaciones con el moro Abderramen I, Rei de Córdoba , prometiéndole declararse feudatario suyo , i como tal entregarle todos los años un tributo de cien doncellas cristianas, cincuenta nobles i cincuenta plebeyas. Orgulloso el sarraceno de ver que un cristiano imploraba su auxilio , i deseando tenerle por tributario suyo , aceptó el pacto que se le proponia , i envió considerables refuerzos á Mauregato , que uniéndose á ellos se dirigió contra D. Alonso , á la cabeza de sus partidarios.

Uno de estos fué Diego Ordoñez. Las relaciones que desde su juventud habia contraido con Mauregato en las cortes de D. Aurelio i D. Silo , le obligaron , por decirlo así , á que abraza-

se el partido del usurpador, i se mostró uno de sus mas ardientes defensores, tanto al principio de aquella expedicion, que aparentaba preparar una guerra civil larga i sangrienta, como despues de colocado en el trono, por la retirada que D. Alonso hizo de Leon á los montes de Cantabria, á causa de no considerarse con medios suficientes para resistir al bando opuesto, que auxiliado por los agarenos, presentaba una fuerza temible é imponente.

Gozó Diego del favor de Mauregato todo el tiempo que este vivió; mas empezó á perder el prestigio en la corte cuando D. Bermudo el Diácono vino á ocupar el trono, i aun mas cuando algun tiempo despues llamó á su lado á D. Alonso, i le entregó absolutamente el cuidado de los negocios del reino, conservando para sí tan solo el título de Rei. Poco despues se separó Ordoñez voluntariamente de palacio, i jamas volvió á ser llamado á él, como que ya no existia su protector, en

vista de lo cual se retiró á Oviedo , donde tenia su casa i parientes. En fin ascendió al trono D. Alonso II, que tomó el título de *Rei de Oviedo*, asentando su corte en esta ciudad, á la que le siguió Enrique con su hija; i aunque bastante generoso en medio de la ferocidad de aquellos tiempos , para no perseguir á los que habian sido partidarios de su tio, no creyó conforme á las reglas de la política favorecerlos, i Diego Ordoñez permaneció olvidado en la oscuridad , sin que para nada se contase con él en el gobierno.

Enrique de Lara, que por efecto de causas particulares nunca habia tenido amistad con Mauregato , fué uno de los que se mostraron mas celosos en favor de D. Alonso, i cuando este tuvo por conveniente retirarse á las montañas de Cantabria lo abandonó todo por seguir á su Soberano , i dejó en Leon á su esposa , encargando al cuidado i vigilancia de esta la educacion de su querida Leonor, que entón-ces podria tener algunos ocho años.

Hallándose despues en el retiro de D. Alonso, i poco ántes de que este viniere á participar, en cierto modo, del trono de D. Bermudo, recibió Enrique la noticia de la muerte de su esposa, i esta nueva, junta con los muchos disgustos que ya habia sufrido por causa de las revueltas políticas, le hicieron adquirir tal odio á los que habian seguido el partido opuesto, que cuando pasados algunos años volvió á Leon i Oviedo, no solamente no trató á Ordoñez como siempre le habia tratado, sino que le miró como á su mortal enemigo, no siendo esta causa de las que ménos contribuyeron al oscurecimiento i olvido de Diego.

Su ausencia no habia perjudicado á la educacion de su hija Leonor, porque su esposa, que se hallaba adornada de todas las prendas que pueden apetecerse en una persona de su sexo, se retiró absolutamente de la sociedad, i consagrándose del todo á la enseñanza de su hija, hizo que esta adquiriese toda la instruccion que de aquellos

tiempos podia esperarse , en tales términos, que, á pesar de estar ya prevenido en favor suyo , no pudo ménos de admirarse su padre al verla, cuando vino á Leon acompañando á D. Alonso. Su cuerpo esvelto i airoso , su magestuoso i afable semblante en que brillaban dos hermosísimos ojos negros , su cabello del mismo color , i su nacarada tez, constituian una de las jóvenes mas hermosas de la ciudad , al mismo tiempo que la instruccion que habia recibido de su madre i maestros , i que era nada comun en aquel siglo , la pudieran haber hecho brillar en todas partes , si su virtud i recogimiento no la hiciesen mirar la modestia i el silencio como las primeras prendas que deben adornar á una doncella.

Aunque desde su niñez se amaban Leonor i Fadrique , nadie habia mirado su amor sino como el afecto de dos niños ; mas dotado Fadrique por la naturaleza de un carácter firme , amaba ya á Leonor en sus primeros

años mas de lo que prometia su edad, i ella tambien le quiso siempre con extremo. Por otra parte, los disturbios que la política habia introducido entre sus padres, no se manifestaron á las claras hasta la vuelta de Enrique, de suerte que el jóven Ordoñez habia continuado frecuentando en Leon la casa de Lara, en tanto que este se hallaba con D. Alonso en las montañas de Cantabria. Este trato continuo habia llegado á dar tal fuerza á su cariño, que cuando estalló visiblemente el odio entre sus familias, no tuvo fuerza suficiente para desunir sus corazones, i continuaron amándose, como si nada hubiese pasado entre sus padres. Pero aunque su afecto fué siempre el mismo, las circunstancias habian variado mucho para ellos con la translacion á Oviedo, pues léjos de serle permitida á Fadrique la entrada en casa de Leonor, ni aun podia verla, por quanto ella, temerosa de que su padre llegase á descubrir que todavia amaba al hijo de su contrario, no se

atrevia á tener comunicaciones de ninguna especie con su amante. ¿I quién siéndolo tolera á los veinte años tanta prudencia? Fadrique puso en práctica cuantos medios pudo discurrir para hablar á la que adoraba, i no habiéndolo podido lograr en mucho tiempo, se decidió á ir una noche á cantar sus penas junto á la casa de Leonor, previendo que el temor que hasta entónces la habia tenido encerrada, la haria presentarse aquella noche.

Asi sucedió efectivamente. Leonor estaba ya recogida cuando oyó la voz de Ordoñez, i temerosa de que si no le contestaba repitiese los cantares, i llegase á oirlos su padre, salió de su aposento, que se hallaba en lo interior de la casa, i atravesando varias salas para llegar á una que daba á la calle, abrió la ventana con el mayor silencio que pudo i tuvo con Fadrique el diálogo que hemos visto, cuyo resultado, aunque no ocasionó ningun mal permanente, fué sin embargo desa-

gradable al jóven, pues le privó de ver á su amada en muchos dias é inutilizó la promesa que esta le habia hecho.



CAPITULO III.

— ¡Qué perozoso estás! (dijo á Fadrique un dia cierto amigo suyo llamado Nuño , que venia á verle con mucha frecuencia). Mas de una semana hace que no sales de casa , que no pudieras hacer otra cosa si te hubiesen herido gravemente en una batalla. Ea, levántate i salgamos , que el egercicio es siempre conveniente, sobre todo á tu edad i en un estado de convalecencia.

— Ya puedes, conocer, Nuño ( contestó Fadrique), que no me detiene en casa la incomodidad material que me causa mi ligera herida , sino que no he querido presentarme en público por no dar á conocer mi aventura, pues cada cual la interpretaria á su manera. Mas supuesto que así lo quieres , i que el estado de mi salud me permite complacerte , salgamos de casa , con tal que váyamos á algun sitio retirado ; que no me conviene por ahora presentarme en ninguna concurrencia.

Convino en ello Nuño i salieron juntos de casa de Fadrique, dirigiendo sus pasos fuera de la ciudad, por la orilla derecha del rio Nalon, que fertiliza con sus aguas toda la campiña inmediata á Oviedo. La amenidad de aquellos sitios, el aire puro i balsámico que en ellos se respiraba, la frescura que el rio difundia por todas partes, i el ejercicio moderado que habia hecho, parecia que daban vigor al convaleciente, que agradeció á su amigo el consejo que le habia dado de salir de casa, i venir á gozar de las bellezas i beneficios de la naturaleza. Poco tardaron en llegar á una pradera pequeña, cubierta de verde i menuda yerba, cuya uniformidad interrumpian grupillos de castaños i hayas que por ella estaban esparcidos, i unos montecillos que se veian poco distantes, en que algunas cabras pastaban olorosas i salutíferas plantas. La contemplacion de aquel sitio les condujo á tratar de las bellezas que ofrece el campo á los ojos del amante de la na-

turaleza , i pasando de la idea de una hermosura , á la de otra de distinta especie , vinieron al fin á recaer en el amor de Fadrique con la hija de Lara , con cuyo motivo preguntó Nuño á su amigo :

— ¿La has vuelto á ver desde la noche que te hirieron ?

— ¡ Estraña pregunta por cierto ( contestó Fadrique ) , cuando sabes que no he salido de mi casa , i no hace una hora que tú mismo me lo reprendias ! No la he visto , i esa es una de las razones que tengo para ansiar mas mi restablecimiento , pues como probablemente Leonor ignora cuanto me ha sucedido , su desasosiego le hará suponer cosas que no existen , por mas que su corazon le diga que su amante es incapaz de engañarla.

— Pero dime la verdad ; ¿ qué esperas de tus amores con la hija de un hombre que tanto detesta á tu familia ? ¿ Imaginas que el orgulloso Enrique de Lara , á quien el Soberano dispensa todo su favor de manera tan visible,

consentirá en que Leonor dé la mano al hijo de un ex-ministro que vive retirado en la oscuridad, i que ningun valimiento tiene en el dia? Mucho siento decírtelo, pero es evidente que si amas de veras á Leonor, será indispensable que busques otro medio de obtenerla que el consentimiento de su padre, pues con este no debes contar jamas. No me toca á mí, siendo tú el interesado, indicarte los medios de que se debe echar mano en semejantes casos, lo único que puedo i debo decirte por exigirlo así nuestra amistad, es que, elijas el partido que eligieres, me hallarás siempre pronto á todo lo que sea útil para tí.

—¿Qué nuevo language es ese, Nuño? (esclamó Fadrique sumamente admirado) Nunca te oí hablar en esos términos, i aunque tus primeras reflexiones sean ciertas, pues yo mismo las he hecho muchas veces, me sorprende el que quieras hacerme adoptar otro partido que el de obtener el consentimiento del padre de mi ama-

da, pues eso me hace creer que tienes formado de mí un juicio, que no esperaba de tu amistad.

—¿I en qué puedo haber pecado contra ella? ¡Ah Fadrique! Te sorprende el lenguaje que uso contigo, i juzgándole indigno de mi amistad, ultrajas á esa amistad misma, en tanto que yo pensando en tu interés mas que en el mio propio, no me ocupo en otra cosa que en formar un plan bien combinado para tu felicidad. Desengáñate, amigo mio, nunca, te lo repito, conseguirás la mano de Leonor por consentimiento de su padre, i si tu pasión es, como supongo, tan fuerte que no puedes verte á vencerla, menester será que te decidas á proporcionarte tú mismo su posesion, pues no debes esperar que te la proporcionen.

—¿I qué me quieres decir con eso? ¿Querrás acaso que, faltando á lo que prescribe el honor, me convierta en un vil seductor de esa apreciable jóven? No, Nuño, jamas consentiré en

deshonrar á la que destino para esposa mia. Si por medios legítimos no pudiere obtener su mano , gemiré en secreto hasta que disponiendo el cielo de su padre , pueda ella sin obstáculo entregármela.

— ¡ Con qué esa es tu última i definitiva resolución !

— Si , Nuño.

— Pues he perdido el tiempo i el trabajo.

— ¡ Como !

— Es inútil que te lo diga , pues no has de querer aprovecharte de los pasos que he dado , i pudieras acaso creer que era por ostentar amistad i celo el referírtelos.

— No amigo , no ; yo te ruego que me manifiestes el misterio que encieran tus palabras , pues no estaré tranquilo hasta saberle.

Dejóse rogar mucho tiempo Nuño , i al fin manifestó á Fadrique , que deseando servirle , i conociendo su natural timidez para tales cosas , había intentado i conseguido , sin contar

con él, seducir á una criada de Leonor, la cual les proporcionaria medios de sacarla de su casa, siempre que Fadrique consiguiese convencerla, i decidirla á que saliese con él, para lo cual le facilitarían tambien medios de que la hablase á solas. Horrorizose al oirlo Fadrique, cuya alma sencilla i honrada no admitia accion alguna que se separase del camino del honor i de la rectitud, mas el astuto Nuño que ya habia previsto la grande oposicion que encontraria i tenia premeditado su plan, continuó sin turbarse:

—Á pesar de todo, Fadrique, yo mismo que he procurado preparar tu felicidad por este medio, no me atrevo á insistir en que lleves á cabo la empresa. Siempre hai en ella algun riesgo, i...

—No agravies, Nuño, á mi valor (dijo el jóven interrumpiéndole) con la infundada sospecha de que pudiera por cobardia no abrazar el partido que me propones. ¿Qué peligro no arros-traria yo para obtener la mano de

Leonor? Ah! Si su padre consintiese en dármele cuando hubiese acreditado mi valor i aun mi arrojo, ¿crees que no correria á darle á conocer entre las aceradas cotas de los franceses, ó los cortantes alfanges de los sarracenos? No es ese temor el que me hace mirar con repugnancia el partido que me propones, es si la conviccion de que manchará el intacto honor i reputacion de Leonor de Lara, pues no es ciertamente la mejor prueba de cariño el dar motivo á que se mancille la reputacion de una muger á quien se adora, i por quien se vive.

— Dices mui bien; en una alma como la tuya deben tener mucha mayor fuerza las consideraciones del honor i de la virtud, que el deseo de poseer la mano de una jóven. Pero entónces venimos á parar al punto de donde yo partí, pues para no faltar á lo que aquellas exigen de tí, será preciso que olvides ese cariño. Á bien que otras mil jóvenes hallarás que puedan hacerte feliz i cuyos padres

se crean dichosos en tenerte por yerno, i evitarás los obstáculos de toda especie que este enlace te presenta. Por lo que hace á ella, puedes estar seguro de que no tardará en olvidar tu amor i reemplazarle con el de otro, siguiendo la natural propension de su sexo.

— Antes has agraviado á mi valor, i ahora agravias á mi cariño i al de mi amada. Ni ella es capaz de olvidarme, sacrificando el amor que me profesa desde niña, ni yo, aunque efectivamente prefiera á todo el honor i la virtud, puedo renunciar de modo alguno á la esperanza de ser un dia esposo suyo. No, Nuño, te juro por el cielo, que á pesar de todos los obstáculos i contrariedades que se opongan á mis deseos, será suyo mi corazón mientras respire i nada en el mundo podrá entibiar el afecto que la profeso.

— He aquí el carácter de un verdadero enamorado (replicó Nuño sonriéndose); tú mismo no sabes lo que quieres. Deseas por una parte unirte

á Leonor , á quien segun dices has entregado irrevocablemente el corazon , i por otra te espanta i amedrenta , escitando tu delicadeza , el único medio que te queda para conseguirlo. Mas yo juzgo que te asusta tanto mi propuesta porque no has calculado exactamente sus consecuencias. Si tú consigues convencer á Leonor i la sacas una noche determinada de la casa de su padre , ¿ quién te impide tenerlo preparado todo en la tuya para contraer en el mismo instante un lazo indisoluble , i recibir la bendicion nupcial de mano de un ministro del Altísimo ? Lara ama ciegamente á su hija , i si bien jamas consentirá por darle gusto en que se una con un hombre á quien él no quiera , verificado ya el casamiento i no estando en su poder el disolverle , habrá de ceder mas ó ménos pronto , pues no es de creer que pueda renunciar para siempre á la compañía i caricias de su hija ; i esa pequeña violencia lo arreglará todo , sin comprometer , co-

mo te has figurado, el honor de tu esposa, por el hecho mismo de que lo será tan inmediatamente. Si no lo haces así ¿quién te responderá de lo futuro? ¿Quién te dice que la imperiosa voluntad de su padre no puede obligarla á cosas que imposibiliten para siempre tu union con ella?

Aun opuso Fadrique algunas reflexiones á su amigo, mas al fin, escitado por este, atormentado por el temor de perder á la que idolatraba, i no pudiendo tampoco resolverse á aquel rapto su virtuoso corazon, dudaba acerca de la resolucion que debia tomar, combatiendo en él afectos tan encontrados, sin que ninguno tuviese fuerza bastante para hacer callar á los demas. Prometió, pues, á Nuño que lo meditaria despacio, i le daría cuenta de lo que resolviese, aunque le parecia que jamas podría adoptar un partido tan violento. En esto empezaba ya á refrescar la tarde escondiéndose el sol en el horizonte, por lo cual, i con el obgeto de evitar el vientecillo

fresco que se dejaba sentir: algún tanto, volvieron juntos á Oviedo, donde quedó el uno en su casa entregado á sus meditaciones, i el otro fué á preparar nuevas razones que pudiesen decidir á Fadrique á seguir el camino que con tanto empeño le proponia.

Los dias siguientes volvió Nuño á la carga insistiendo en su plan aunque cautelosamente para no dar lugar á que Fadrique sospechase que le movia á ello algún interes oculto. Cuando este se vió ya con bastante salud para poder aventurarse á salir de noche de su casa, le proporcionó Nuño, segun le habia prometido, ocasión de hablar á Leonor con mayor sosiego, por medio de la criada que habia corrompido, i le instó á fin de que sondease á su amada para saber qué era lo que en todo trance podria esperarse de Lara. Su conferencia con Leonor fué poco satisfactoria para él en esta parte, pues le confirmó en la idea de que no era posible obtener que el padre de aquella cediese jamas á sus

deseos , i fortaleciendo esta conviccion lo que que su padre Diego i su amigo Nuño le habian ya dicho mas de una vez , se apoderó de su alma la mas profunda tristeza , á que no pudo resistir por mas esfuerzos que hizo. Aprovechóse el sagaz Nuño de esta disposicion de su espíritu , i viéndole ya vacilante redobló sus ataques , hasta que al fin consiguió decidirle á que hablase á Leonor acerca de su fuga , para lo cual i valiéndose siempre de la misma criada , convinieron en que una noche se introduciria Fadrique en casa de Lara , donde hablaría á Leonor con mas seguridad.



CAPITULO III.

Llegó la noche determinada, i aun no sabia Fadrique como anunciar á su amada un plan que le repugnaba tanto. Batallaba en su interior sin encontrar un momento de sosiego, i tan pronto se resolvia á no hablar una palabra de semejante proyecto, tan pronto el miedo de perder á Leonor para siempre, miedo que Nuño habia sabido gravar profundamente en su ánimo, le hacia arrostrar por todo i deseaba estar ya á los pies de la hija de Lara para manifestarla cuanto pasaba en su imaginacion. En esta incertidumbre se mantuvo hasta que acercándose la hora en que debia acudir á la cita se dispuso á ir á ella, resuelto á convencer á Leonor de que no les quedaba otro partido que tomar. Dirigióse, pues, con Nuño á casa de Leonor, en cuya habitacion le introdujo su criada Ines con la mayor cautela, quedando aquel á la parte de afuera i á corta distancia de la puerta por

donde entró Fadrique , esperando el resultado de aquella entrevista.

Luego que Ordoñez pudo traer la conversacion al punto que apetecia, dijo á Leonor de este modo ;

— ¡ Ai Leonor mia! Años hace que estamos aguardando que el cielo nos proporcione una ocasion en que desaparezca la enemistad que reina entre las dos familias, á fin de que nuestros padres consientan en unirnos. Tales han sido siempre mis votos, tal mi pensamiento continuo, i hasta en los instantes en que entregado al sueño, el deseo de mi imaginacion me hacia figurar que era feliz , me parecia ver abrazados á tu padre i el mio , i que reconciliados i amigos trataban de la dicha de sus hijos i de que ambas familias formasen una sola en adelante. ¡ Vanas ilusiones ! Todo se disipa ante la funesta realidad, todo me convence de que esperamos un imposible , i de que jamas por ese medio, único que yo hubiese querido emplear, conseguiremos nuestros deseos.

No hace mucho que tú misma has convenido conmigo en que el odio injusto que tu padre profesa al mio es tal, que nunca accederá á mis ruegos concediéndome tu mano. ¿Qué nos resta, pues, que esperar? Nada, nada seguramente. ¿I qué no tenemos que temer? ¿No puede un mandato de tu padre obligarte á dar la mano á un esposo elegido por él? ¿No podrá hacerte infeliz para siempre sacrificándote á la adulacion de un cortesano, ó á la ambicion que pueda excitar en él un poderoso? ¿I crees que en tal caso, podria yo sobrevivir á mi desgracia? ¡Oh Leonor mia! Tú que participas del fuego que me devora, le conoces demasiado para poder imaginarlo ni un momento. La idea de perderte es para mí mas espantosa que la de perder la existencia, i esa idea me acomete á todas horas, en todas partes, bajo todos aspectos, i no dejará de perseguirme en tanto que no seas mia.

—Pues Dios que lee en los cora-

zones es testigo de que tal es el mas ardiente, ó mejor diré, el único deseo del mio; pero el cielo que me dió un corazon para amar, fué el mismo que me dió una razon que pudiera guiarme aun en medio de mi amor. Ella me dice que cualquiera que sea mi suerte debo conformarme con la voluntad de mi padre, en tanto que no salga de los limites de lo justo; i asi como jamas dispondrá nadie de mi corazon, que es i será siempre tuyo, tampoco dispondré de mí misma sin el consentimiento de aquel á quien debo la vida.....

— Mas dime, Leonor: ¿no es el primer afecto que la naturaleza ha gravado en nuestros corazones la inclinacion á la felicidad? ¿No nos sentimos interiormente forzados, por decirlo así, á correr en busca de la dicha, i á emplear todos los medios que pueden conducirnos á ella? Si se te ofreciese alguno que pudiera hacer nuestra comun ventura, tu padre te ama con extremo, i...

— ¡Ese es un motivo mas para que yo no trate de disgustarle.

— Pero si el disgusto no fuese sino momentaneo, si saliendo una noche en silencio de tu casa con Ines, te encaminases inmediatamente á la mia, i en ella encontrases al sacerdote que habia de bendecir nuestra union..... si despues nos presentásemos á tu padre cuando nuestro lazo fuese ya indisoluble, cuando ningun poder humano fuera capaz de desunirnos, ¿crees que no nos perdonaria, Leonor? ¿Las lágrimas de su hija, la sumision i respeto de un nuevo hijo, la consideracion de que el cielo habrá oido i aceptado ya nuestros fervorosos votos ¿no podrán mas en su corazon, que un antiguo resentimiento, que no se funda en motivo alguno racional?

— Ignoro hasta que punto llevaria mi padre su indignacion i tenacidad, pero sea de eso lo que fuere, nunca me espondria á su cólera, cometiendo una falta de este especie; i á la

verdad no esperaba de tí que me hicieses una propuesta semejante. Tú mismo te arrepentirias acaso algun dia de haberlo hecho; tú tendrias en ménos á la desdichada Leonor, creyéndola capaz de dar mui poco valor al amor i respeto que debia á su esposo, pues lo habia sido de faltar á la obediencia á su padre, i al decoro que se debe á sí misma.

— ¡I eres tú la que dices que me amas! ¡I cuando solo nos queda un camino para ser felices te niegas á seguirle, i me privas de toda esperanza de obtener tu mano! ¡Ingrata!

— No seas injusto, Fadrique mio, ni llames ingratitud á lo que no es sino cordura. Aun cuando yo quisiera prescindir de todos mis deberes, aunque olvidase lo que de mí exigen el recato i la honestidad, i cerrando los ojos para atropellar por todos los riesgos me decidiera á sacrificarlo todo á tus deseos, ¿crees que pudiera verificarse ese proyecto? Es mas aventurado de lo que parece, i si me

sorprendiesen ántes de que se verificase nuestra union, i de que nuestro lazo fuese ya imposible de desatar, ¿cual seria la suerte de tu Leonor?

—No pudiera ser peor que en el dia, en que no gozas libertad alguna, i en que te prohiben que dispongas de tí misma, dando tu mano á quien has dado tu corazon.

—Es verdad; pero mereceria la indignacion de mi padre i escitaria su cólera.

—Si, la indignacion de un tirano, que no debe llamarse padre el que profiere su orgulloso é implacable odio, al bien estar i á la dicha de su hija.

—Basta, Fadrique. Jamas permitiré que nadie hable mal de mi padre, pues aun en el caso de que pudiera alejarme de su casa momentaneamente.....

—¡ Oh Leonor mia! Cede á mi deseo, i labra mi felicidad ( esclamó Fadrique arrojándose á sus peis, i cubriendo de besos sus blancas ma-

nos),..... Cede á mi deseo, segura de que al fin tu padre.....

— No la perdonaria nunca, i sabrá castigar al atrevido que intenta seducir á una ilustre jóven; dijo Enrique de Lara enfurecido i saliendo de detras de una de las colgaduras de la sala.

Leonor se cubrió el rostro con ambas manos, quedando casi sin sentido en el sitial en que se hallaba sentada, i Fadrique permaneció en la misma posicion en que le cogió aquella sorpresa sin atreverse siquiera á levantar los ojos, en tanto que Enrique se acercaba á su hija, á quien creia enteramente desmayada. Sin embargo, pocos instantes le bastaron para reponerse de su turbacion, i habiéndolo conseguido dirigió la palabra con entereza, aunque sin soberbia, al irritado padre.

— Perdonad, señor (le dijo), al esceso de mi amor un paso que á mí propio me repugnaba, i en que no obstante, soi el único culpado.

No veais en mí el heredero de una familia que jamas os ha agraviado en nada, i á quien considerais como enemiga vuestra, sino aquel niño cuyos inocentes juegos presenciasteis tantas veces i cuyo naciente afecto hácia Leonor animasteis no pocas con vuestras palabras. Acordaos de que tanto vos como vuestra esposa de apreciable memoria, le favorecisteis al principio, i no olvidéis que la igualdad que habia entre nuestras familias, los lazos que recíprocamente las unian, i en fin todas las circunstancias que nos rodeaban, debieron hacer que uno i otro nos entregásemos sin reserva á nuestro cariño. Poco pueden, señor, las diferencias políticas, en corazones que aman como los nuestros; mostradme el camino que debo seguir para merecer la mano de Leonor, i creed que ningún sacrificio me parecerá grande, como sea compatible con mi honor i el de mi familia.

Por grande que fuese la ira de Lara

contra Fadrique , no podia olvidar que le habia visto nacer i que le habia querido en otro tiempo; i ademas la gallarda presencia del airoso jóven, que conservándose de rodillas no habia hecho mas que girar un poco el cuerpo para dirigirse á Enrique , en quien fijaba sus hermosos ojos , el tono de su voz dulce i penetrante , i la veemencia con que pronunció sus últimas palabras , no dejaron de conmoverle algun tanto i de mitigar su primera cólera; mas acordándose al momento de que Fadrique era hijo de su enemigo , le contestó en tono severo :

—¿I te parece mui conforme con ese honor de que tanto blasonas, el pretender quitársele á una doncella , sacándola furtivamente de su casa ? ¿Juzgas que es buen camino para aplacar la cólera de un padre , tratar de robarle una hija á quien adora ? Alzate, jóven imprudente , i dá mil gracias al Altísimo que, trayendo á mi memoria el recuerdo de lo que te

quise cuando niño , ha moderado los ímpetus de mi justísima ira , haciendo que no te castigue cual merecia tu loca audacia. Retírate inmediatamente, cuida de que no vuelva yo á verte jamas , i sobre todo abandona el temerario pensamiento de aspirar á la mano de mi hija , pues no la conseguirá sino el que siendo fiel á su soberano legítimo , haga grandes servicios á este i á su patria. I tú , hija malvada, que te hallabas próxima á ceder á la seducción de ese pérfido , i que por lo ménos le has puesto en ocasion de que te manifieste sus insidiosos proyectos , i le has conservado siempre el mismo afecto sin contar para ello con la voluntad de tu padre, avergüénzate i prepárate á sufrir la suerte que te destino.

— Cualquiera otro que me hubiese hablado en los términos que acabais de espresaros ( replicó Fadrique levantándose ) , habria experimentado bien pronto si se me puede insultar impunemente ; pero sois padre de

Leonor , i nunca mi mano se alzaré contra quien tanto venero. Léjos de pedir os satisfaccion alguna me humillo á vos , é imploro de vuestra bondad dos mercedes : la primera que no castigueis en vuestra inocente hija una culpa que es exclusivamente mia , i la segunda que jamas se os olviden las palabras que acabais de pronunciar. Si la mano de Leonor ha de unirse con la del que haga servicios al Rei i á la Patria; si la palabra de un caballero no es una cosa vana que lleva el viento , acaso luzca un dia en que pueda recordaros la vuestra , i aspirar á lo único que puede hacerme apreciable la vida.

Diciendo así se retiró de la presencia de Enrique , i salió de la casa. La oscuridad de la noche no permitia ver el color de su rostro ; mas su voz trémula i la agitacion que se notaba en todas sus espresiones fueron bastantes para hacer conocer á Nuño , que habia sido sorprendido. Manifestó , pues , la mayor admiracion al verle

salir tan pronto i de una manera tan agitada , i le preguntó qué le habia sucedido , i cuál habia sido el resultado final de su conferencia con Leonor , á lo que contestó Fadrique refiriéndole todo cuanto le habia pasado, i el modo con que los habia sorprendido el padre de su amada. Por el camino fueron consultando acerca de aquel suceso , i de las resultas que podria tener , i habiendo llegado á casa de Ordoñez , entró este en ella, en tanto que Nuño se dirigia á donde le llamaba su cuidado.



CAPITULO V.

Luego que Fadrique salió de casa de Lara, reconvino este amargamente á su hija por el temerario paso que habia dado, recibiendo en su habitacion á aquel jóven á tales horas, i la amenazó con que descargaría sobre ella todo el peso de su indignacion, si inmediatamente no le manifestaba quien habia sido la cómplice que le habia proporcionado la entrada de su amante. Resistióse la amable Leonor á decírselo, no queriendo que por su causa sufriese persona alguna; mas conociendo el genio colérico i decidido de su padre, i habiéndole prevenido este, que de no saber quien la habia favorecido despediria al dia siguiente á todos los criados que tenia en su casa, juzgó que era menor mal que padeciese una sola persona culpable, que ver arrojar injustamente á los que ninguna parte habian tenido en el delito. Estaba, pues, dudosa sin saber á que

resolverse, cuando se presentó en la sala la criada Ines, i declaró á Enrique ser ella no solamente quien habia abierto la puerta á Fadrique, sino quien con argumentos i ruegos habia convencido á Leonor para que le admitiese. El orgulloso Lara, arrebatado al oír su impudencia, estuvo para clavarle la daga en el pecho, como lo hubiera verificado, si Leonor no hubiese conseguido contener su primera furia, cargando el crimen sobre sí misma, á fin de evitar á la culpable muchacha la amarga suerte que la amenazaba. Cedió, pues, en parte Enrique á los ruegos i lágrimas de su hija, i se contentó con mandar á Ines que saliese en aquel mismo instante de su casa, donde no merecia estar por mas tiempo, habiendo abusado tan indignamente de su confianza.

Mas si se dejó ablandar con respecto á la cómplice en el delito, no fué lo mismo con la principal interesada en él. Á pesar de que conocia que Leonor no habia cedido á la se-

duccion intentada contra ella , que su mayor pecado era el de haber admitido á la conferencia á Fadrique, i que escarmentada con la sorpresa de la primera vez , privada de la doncella que no solo le habia favorecido sino propuesto i aconsejado aquel plan, i persuadida de que su padre la observaba mui de cerca , no trataria de renovar semejantes escenas ; era tan grande á sus ojos el delito de querer-se unir á una familia á quien aborrecia, que pudiendo mas en él la ira que el afecto paternal, despues de haberla reprendido severísimamente , intimó á su hija que se dispusiera para pasar el dia siguiente á un convento , cuya superiora era parienta cercana suya. Cuidó despues de que la casa quedase bien cerrada, i se retiró á su aposento, dejando á la triste Leonor sumamente afligida i no repuesta de la mortal congoja que le habia causado un lance que jamas hubiera podido imaginar le sucediese. ¡ Tan contrario era á sus ideas, índole i carácter virtuoso!

En tanto que esto pasaba en lo interior de la casa de Lara, velaba la maldad para armar nuevas asechanzas á la infelice Leonor. El pérfido Nuño, que bajo la apariencia de hombría de bien ocultaba el corazón mas dañado, hacia mucho tiempo que ardia en el ciego amor que le inspiraba aquella hermosa jóven. Aunque extraordinariamente rico, por haber heredado grandes bienes que su abuelo i padre habian adquirido ejercitándose en toda clase de tratos ilícitos é infames, sabia que Lara no podria nunca concederle la mano de su hija, por ser de una clase mui inferior á la de esta. Por otra parte, Leonor no podia corresponder á su pasión, pues desde su infancia habia entregado su corazón á Fadrique, i así se lo manifestó ella francamente cuando algun tiempo ántes habia tenido la osadía de declararla en secreto su amor. Estas mismas dificultades, i esta imposibilidad, por decirlo así, de lograr su mano, habian atizado las

fogosas pasiones de un jóven sin principios, i acostumbrado á que el dinero le proporcionase el cumplimiento de todos sus deseos; de modo que resuelto á poseerla á cualquier costa, meditaba en secreto los medios de satisfacer la infame llama que le abrasaba. Con este objeto, i dirigiéndose únicamente á este fin, habia formado su plan con mucha anticipacion, variándole segun las circunstancias se habian presentado, lo cual podia hacer con facilidad, por ser sabedor de todos los pasos que daba Fadrique, á quien tenia engañado con sus fingidas manifestaciones de amistad i celo. Él fué quien acechó á Fadrique la noche que valiéndose este de su laud se puso en comunicacion con su amada, i él quien colérico i rabioso de ver correspondido á su rival, no pudo contenerse i le acometió embozado con intencion de quitarle la vida, pues en aquel momento olvidando ó despreciando los demas, miró á Fadrique como el mayor obstáculo que se opo-

nia á la consecucion de sus deseos. Como no pudo entonces satisfacer su venganza, i tuvo tiempo para reflexionar á sangre fria, dando lugar á que la razon pudiese en él mas que el arrebato, creyó que debia variar de plan i procuró incitar á Fadrique á que sacase á Leonor de casa de su padre, para comprometerle mui formalmente con este. Mas aunque su intencion fue siempre la de dar á Lara un aviso secreto para que le sorprendiese, i hubiera deseado que esto se verificase en el acto mismo de la salida, previó no obstante que si un accidente cualquiera impedia que el padre acudiese tan á tiempo como era necesario, Fadrique daria su mano á Leonor, i con esto perdia para siempre la esperanza de conseguir sus fines. Dispuso, pues, i ejecutó su plan, induciendo al jóven á que admitiese el medio que le proporcionaba para hablar á Leonor dentro de su misma casa, i aprovechase aquella ocasion para convencerla i decidirla á que mo-

mentancamente se fugase de ella , i luego que supo que todo se hallaba dispuesto , dió aviso en secreto al padre de la inocente jóven , aparentando con él igual celo al que mostraba al crédulo i demasiado confiado Fadrique en sus corversaciones. Mas para llevar adelante su plan , que aun no estaba sino comenzado , manifestó á Ordoñez la mayor sorpresa cuando , arrojado este de la casa de Lara , llegó á reunirse con su fingido amigo.

Separóse Nuño á la puerta de la casa de Fadrique , i fué á buscar inmediatamente á tres hombres que tenia ya preparados de antemano , á los que encontró bebiendo , en tanto que llegaba la hora de egecutar las infames órdenes de quien les pagaba. Cuando le vieron entrar se levantaron para recibirle ; mas como el vino habia hecho en ellos algun efecto no le manifestaron el mayor respeto , á pesar de ser uno de ellos criado suyo , i los otros dos , personas de la mas baja ralea. ¡Efecto necesario del crí-

men i de la maldad , envilecer á quien se entrega á ellos , aun á los ojos de los mismos que le sirven de instrumentos!

— ¿Estais dispuestos? les preguntó al entrar.

— A todo ; contestó el que dirigia á los otros dos.

— ¿I no habrá perturbado el vino vuestras cabezas de suerte que no esteis capaces de guardar silencio en los momentos en que sea mas necesario?

— ¡Vive Dios! (esclamó uno de ellos) ¿Acaso hemos hecho mas que enjuagarnos la boca? Por Santiago, que si otro me lo digera , habia de recompensarme el insulto, pagándome vino hasta que no quisiera mas.

— Pues yo te prometo que en llevando á cabo feliz nuestra empresa, te daré para que bebas hasta ponerte en el caso de no mantenerte sobre tus pies en mas de tres dias. Pero basta por ahora de conversacion. Preparad los caballos, cubrios los rostros,

i marchemos ántes que se acerque el dia.

Al oír esta órden montaron á caballo , i Nuño á pié les dirigió á la puerta del jardin de Lara.

La criada Ines que habia introducido á Fadrique aquella noche en la casa de su amo, estaba seducida muchos dias ántes por Nuño , quien á fuerza de regalos i promesas consiguió que se prestase enteramente á sus fines. Sus riquezas le proporcionaban ofrecer á aquella muger una pension que la hiciera no echar de ménos la casa en que servia , i asi habiendo conferenciado con ella acerca de sus intentos , convinieron en hacer que Fadrique i Leonor diesen el paso de la cita nocturna , i bien persuadidos de que Lara habia de despedir de su casa á la infiel criada , esta proporcionó á Nuño con anticipacion dos llaves , por las cuales le hicieron otras que guardó , una para abrir la puerta interior del jardin , i otra para la que daba desde el mismo á un corredor

que conducia á la habitacion de la hija de Lara.

Dispuesta de este modo la trama infernal, llegaron los bandidos que acompañaban á Nuño al sitio á que se dirigian. Abrió aquel con la llave que tenia en su poder, i entraron dos haciendo el menor ruido posible, en tanto que el otro quedaba con Nuño á la parte exterior, guardando los caballos. Con igual facilidad abrieron la segunda puerta, i se introdugeron en silencio á donde yacia la desventurada jóven, que despues que hubo llorado i sufrido mucho por haber incurrido en la indignacion de su padre, habia cedido á la imperiosa lei de la naturaleza, i sus ojos se habian cerrado con un sueño inquieto i congojoso. A pesar de todo, haciendo mui poco tiempo que se habia dormido cuando entraron los raptores, i estando á bastante distancia de la alcoba la puerta del corredor, no percibió ruido alguno hasta que los malvados se hallaban á la cabecera de su le-

cho. Quiso entonces gritar, mas no le fué posible, porque uno de los que habian entrado le tapó la boca con un lienzo que amarró fuertemente, i cogiéndola en sus nervudos brazos, mientras el otro recogia i liaba todos los vestidos de Leonor, la sacó fuera del jardin. Cerraron al salir ambas puertas, montaron en sus caballos, i poniendo en el suyo el principal de ellos á la afligida jóven sin hacer caso de los tiernos ruegos i plegarias que le dirigia con los ojos i manos, no pudiendo hacerlo con la boca, se encaminaron fuera de la ciudad. Nuño se separó de sus cómplices despues de haberles renovado sus órdenes acerca de lo que habian de hacer con Leonor, i volvió á su casa ántes de rayar el dia, para que no echándole nadie de ménos no pudieran recaer en él las sospechas del rapto.

Amaneció en tanto, i cuando en casa de Lara notaron que faltaba de ella Leonor, se apoderó de todos la mayor consternacion i tristeza. La

circunstancia de hallarse cerradas todas las puertas , i de no haberse sentido ruido alguno , hacia sospechar que Leonor se hubiese prestado gustosa , i aun auxiliado por su parte la salida , lo cual aumentaba de tal modo la cólera del furibundo padre , que juró ponerlo todo en movimiento para averiguar el sitio á donde habian conducido á su hija i vengar tamaño ultraje con la sangre del infame raptor , que desde luego supuso ser Fadrique , condenando á Leonor á una reclusion eterna i rigurosa. Inmediatamente despachó á sus criados en todas direcciones , i con la mayor prontitud que le fué posible hizo salir tambien partidas de hombres de armas á caballo , con órden de arrestar ó matar á los que habian robado á su hija , si se llegaba á descubrir la direccion que habian tomado ; mas todos se fatigaron inutilmente en recorrer los caminos i veredas inmediatas á la ciudad hasta bastante distancia , i al caer el dia trageron al triste

padre la desagradable noticia de haber sido infructuosas todas sus pesquisas. Aumentóse con esto la furia que ya sentia, i pareciéndole que no le debia quedar la menor duda de que el rapto provenia de Fadrique, llamó á un criado de confianza, á quien mandó pasase inmediatamente á casa de Ordoñez i en su nombre digese á Fadrique: "Que Enrique de Lara, á quien infame i cobardemente acababan de privar de su hija, le acusaba de ello, le desafiaba como á raptor, i exigia le diese la satisfaccion competente; añadiendo que en el caso de que se negase á medir las armas con él para probar su inocencia, tomaria el partido que merecia, con un villano indigno del nombre de caballero."

Desde mui temprano se habia esparcido por la ciudad la noticia del rapto de Leonor, i asi no tardó mucho en llegar á los oidos de Fadrique. La sorpresa le deja estático en el primer momento, mas cediendo bien pron-

to al arretrato que le inspira su amor, hace que le preparen caballo i armas, i sale solo á recorrer los campos á fin de ver si encuentra algun rastro que pueda dirigirle para hallar á la que busca. Cásase inutilmente errando todo el dia por los valles i las montañas, i vuelve á la ciudad por la noche, melancólico, i con el corazon oprimido de dolor, por la inutilidad de los pasos que ha dado.

Por mas que durante su excursion habia pensado en aquel triste suceso, no sabia como interpretarle, pero estimaba demasiado á Leonor para que pudiera caber en él un pensamiento que la ofendiese en lo mas mínimo. Asi, jamas imaginó que ella estuviese de acuerdo con la persona que la habia sacado de su casa, i no adivinaba quien pudiera ser esta, que contra su voluntad habia podido entrar hasta su habitacion i llevársela. Era indudable que habia tenido comunicacion con el interior de la casa, pues las puertas, á lo que se de-

cia, no habian sido violentadas, i parecia mui estraño, que quien se habia atrevido á dar un paso tan arrojado, ni aun hubiese manifestado ántes á Leonor la pasion que sentia. Repasando en su imaginacion todos los sugetos á quienes un caso tal pudiera atribuirse, le ocurrió que Nuño habia tenido el mayor empeño en que se introdugese de noche en casa de Lara, habia seducido á la criada de Leonor, i desde algun tiempo habia mantenido relaciones con ella, só pretesto de servir á Fadrique: ¿no pudiera ser él, quien bajo la apariencia de amigo fuese su rival, i decidido á robar á Leonor aquella noche le hubiera incitado á presentarse en la casa, para que sobre el inocente i no sobre el culpado recayesen las apariencias? Este pensamiento pareció á Fadrique tan natural, que su primera intencion, luego que le formó, fué la de dirigirse á casa del pérfido amigo, i hacerle confesar la verdad, ó castigar su crimen dándole la muer-

te ; pero ¿ qué pruebas tenía que pudieran justificar sus sospechas ? El artificioso Nuño ¿ no hallaría mil medios para defenderse cuando estas no se fundaban en hecho alguno positivo ? Su indignacion le aconsejaba que inmediatamente acudiese á vengar aquel ultrage , su prudencia le decia que debia diferirlo hasta tener pruebas irrecusables de él ; el amor no le permitia dilaciones , la razon se las presentaba como necesarias. En fin , despues de haber batallado mucho interiormente , se resolvió á disimular con Nuño , i á observar su conducta para descubrir , si era posible , en sus palabras ó acciones la prueba que necesitaba.

Mas ¡ cual fué su admiracion al llegar á su casa i encontrar en ella á un criado de Enrique ! Preguntóle impaciente cual era el obgeto de su venida , i el criado le respondió :

— El obgeto de mi venida es únicamente declararos de parte de mi amo , el ilustre señor Enrique de Lara , que

habiendosele privado la noche pasada de su hija querida, cobarde é infame-mente, os acusa de ello á vos, Fadrique Ordoñez, os reta como á raptor, i os emplaza para que á fuer de caballero volvais por vuestra honra con las armas en la mano, dejando que el cielo, que protege á la inocencia, declare la vuestra concediédoos la victoria. Añade tambien, que si reusais admitir el reto que os traigo, empleará los medios de que debe usar con un villano, pues os considerará indigno del nombre de caballero.

Sorprendióse altamente Fadrique al escuchar el mensaje de Lara; mas como se habia propuesto observar la conducta de Nuño, i ver si por ella descubria alguna prueba de lo que sospechaba, dijo al criado despues de haber meditado un momento:

—Decid á vuestro amo, que nunca un Ordoñez ha faltado á lo que debe á su honra, i que no siendo yo el raptor de su hija, como supone, manifestaré á su tiempo que no se me acur-

sa impunemente de delitos que no he cometido. Que no atribuya á cobardía el no darle inmediatamente la satisfacción que pide, pues por doloroso que me sea el tomar las armas contra él, lo exige mi honor ultrajado, i mi honor es ántes que todo; pero que teniendo yo fundamentos para creer que acaso ántes de mucho podré descubrir quien es el verdadero raptor, solo le pido una dilacion de ocho dias, pasados los cuales estaré pronto á todo lo que exija de mí, si en ese plazo no hubiere podido hacer conocer quien es el criminal; mas si como espero le descubro, yo seré entónces quien pretenda una reparacion.

— Repetiré vuestras mismas palabras á mi señor, contestó el criado; i haciendo una profunda reverencia, se retiró de la sala.

Apenas habia salido de ella, entró Nuño, que ya por dos veces habia estado aquel mismo dia en busca de Fadrique, i su vista escitó de nuevo la indignacion del jóven que tuvo que

hacer los mayores esfuerzos para contenerse i ser dueño de sí mismo. Mas teniendo ya determinado disimular con Nuño para mejor conseguir su intento , le recibió con semblante abatido sí, pero no quejoso; i aunque despues de haberle referido el mensaje que acababa de recibir de Lara, se lamentó del triste resultado que habian tenido los consejos que ciega-mente siguiera , lo hizo sin manifestar en nada que los creia maliciosos. Defendió Nuño lo mejor que pudo su mala causa , i habiendo concertado para el dia siguiente dar juntos algunos pasos en busca de Leonor , se retiró á su casa, sin sospechar ni aun remotamente la justa desconfianza que Fadrique habia concebido de él.





